

**Doris Heyden: Mitología y simbolismo de la flora en el México prehispánico.** México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983. 176 pp. (Instituto de Investigaciones Antropológicas).

Los huertos y jardines del México prehispánico causaron el asombro de las huestes conquistadoras en el siglo XVI. En los primeros había hortalizas y árboles frutales y en los jardines se cultivaban solamente flores y plantas medicinales. Antonio de Solís en su *Historia de la conquista de México* informa: "En las casas reales de Tenochtitlán habían grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaban de árboles fructíferos ni plantas comestibles, antes solían decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria; pareciéndoles más propio en los príncipes, el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales de cuyo beneficio cuidaban mucho, haciendo traer a sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra, donde no aprendían los físicos otra facultad que la noticia de sus nombres y el conocimiento de sus virtudes. Tenían yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componían sus remedios y lograban admirables efectos, hijos de la experiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban en la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del Rey, todas las yerbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes". Igual opinión compartía A. de Herrera, quien en su *Historia General de los hechos de los castellanos*, afirma: "Se traían plantas medicinales de comarcas lejanas con el objeto de estudiar sus propiedades, y Motecuhzoma mandaba a sus médicos que hiciesen experiencias con aquellas hierbas y curasen a los caballeros de su Corte, con aquellas que tuviesen más conocidas y experimentadas".

Además de los jardines reales de Tenochtitlán, había otros en diferentes lugares de la ciudad como los del bosque de ahuehuetes de Chapultepec o los del Peñón. Fuera de la ciudad tuvieron fama los jardines de Nezahualcóyotl en Texcoco y los de Iztapalapa. En el actual estado de Morelos sobresalieron los de Cuernavaca, Oaxtepec y Yautepec; en Puebla los de Atlixco.

Las flores eran tan apreciadas que no sólo servían para pagar tributo, sino que los antiguos mexicanos en varias ocasiones fueron a la guerra con tal de obtener determinadas especies.

Para Doris Heyden, la flora representaba la vida, la muerte, los dioses, la creación, el hombre, el lenguaje, el canto y el arte, la amistad y el señorío, la guerra y el cielo. Acompañaba al hombre desde su concepción y nacimiento hasta su entierro. Evidentemente la flor fue uno de los elementos básicos en la comunicación prehispánica. Igual que la pluma de quetzal y la cuenta de jade, era sinónimo de "lo precioso".

Sabemos de la importancia de la flor por una riqueza increíble de referencias en las fuentes históricas del siglo XVI. Estos documentos, relatos de frailes y conquistadores —además de los cantores en idioma náhuatl— se refieren al periodo postclásico tardío; es decir, a los pueblos indígenas de México poco antes de la conquista europea. Para épocas anteriores, hay que interpretar el simbolismo en las obras de arte; las mismas flores hablan a través de la abundancia de representaciones. Se creía que las flores, las plantas y los árboles tenían alma, igual que los hombres y se pensaba que los árboles fueron hombres en otras épocas. Los antiguos mexicanos llamaban al árbol *Tota*, "Nuestro padre".

Mucho se ha escrito y escribe sobre las plantas medicinales de México. Las crónicas al hablar de plantas usadas en curaciones las llaman *patli*, en combinación con un prefijo o sufijo. *Patli* quiere decir "planta medicinal", y *yolopa-*

*tli*, por ejemplo, es una planta utilizada para males del corazón (*yolotl*, corazón); *atempatli* es una planta medicinal que crece junto al agua (*atl* agua, *atempán* boca de agua).

Las flores, dicen los cronistas, “motivan supersticiones”, y por medio de ellas se pronostica; por ejemplo, el que huele la *omixóchitl* (*Polygonum tuberosum*) padecerá de almorranas, o cuando una mujer pasaba sobre la flor *quetlaxúchitl* “que es una flor muy encendida que se cría en los árboles” se enfermará en “ocultas partes”.

Un conjuro contra el piquete de alacrán invocaba a la diosa *Xochiquétzal*; al respecto la autora hace referencia a un pasaje de la mitología antigua. La invocación es oscura —nos dice— para quien no conoce la historia de *Yappan*, que así se llama el alacrán. Esta fábula es similar a la de *Quetzalcóatl*, quien sedujo a una sacerdotisa después de ser embriagado por *Tezcatlipoca*. El conjuro que se refiere al alacrán dice: “yo soy la diosa *Xochiquétzal*... vine a interrumpir tu penitencia allá en la piedra de la antigualla... á donde dormí contigo; pues ahora vengo otra vez, la misma tu hermana *Xochiquétzal* a consolarte”, la diosa hace referencia a la vez en que *Yappan* hacía penitencia, pero *Xochiquétzal*, a instancias de *Tezcatlipoca*, le enamoró y tuvieron relaciones sexuales. *Yappan*, como castigo, perdió la cabeza y se convirtió en alacrán. Por eso se le invoca a *Xochiquétzal* para alejar con sus encantos a *Yappan*, y aliviar así el piquete de alacrán. En otro conjuro el dios *Piltzintecutli*, que se identifica con el venado, pide a *Yappan* que deje de ofender a la gente con sus piquetes, ya que quebrantó su ayuno con la hermana *Xochiquétzal*.

La mitología y el simbolismo que caracterizaba a la medicina prehispánica, se observa en algunos casos proporcionados por Doris Heyden. El dolor de cabeza se aliviaba con el tabaco combinado con el *chalalatli*, “que es una yerba medicinal”, al mismo tiempo que el *ticitl* o médico decía: “Yo, el Sacerdote Príncipe de el encanto pregunto: ¿En qué lugar está lo que quiere destruir mi cabeza encantada? Ea, ya ven, tú nueve veces estrujado (el tabaco), que emos de aplacar mi cabeza conjurada, que la á de

sanar la colorada medicina (la raíz del *chalalatli*).”

Cuando los ojos estaban irritados, el *ticitl* hablaba a las “culebras”, que eran las venas, y las aliviaba al frotarlas con agua o con la corteza del mezquite (*Prosopis juliflora*), después untaba los párpados con tabaco.

Plantas de gran importancia en la medicina indígena fueron los hongos y el peyote, el *ticitl* (que podía ser hombre o mujer) hacía el diagnóstico de las enfermedades tomando hongos, peyote, *ololihqui* o tabaco; las visiones producidas por estos alucinógenos les permitían ver las causas del mal. Jacinto de la Serna en su libro *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, dice: “Grandes supersticiones tienen con unas semillas a modo de lentejas, que llaman *ololihqui*, y con una raíz que llaman el *peyote*, pues bebiendo estas yerbas las consultan como á oráculo para quantas enfermedades pretenden curar, y para quantas cosas desean saber... á que el conocimiento humano no puede llegar, para saber el origen de las enfermedades, principalmente si son prolixas, y largas, y las atribuyen á hechizo. La misma veneración se tiene al peyote, y tanta, que es muy recibido entre todos ellos y como para algunas medicinas es menester molerlo, dicen que para que haga este efecto á de ser molido por mano de doncella. El modo de tomar esta bebida es, señalar el día, el que á de beber, informándose muy bien de la causa, porque se á de tomar si es por enfermedad, o por saber si lo que padece es hechizo, y de quien se tiene la sospecha. Y aderecen el Oratorio de la casa con mucha decencia, como si esperaran la visita de una gran persona, todo enramado y perfumado; beben luego el *ololihqui*, encendidas candelas en el altar del oratorio... y allí se le representa a la imaginación un viejo, que dicen, es el *ololihqui* y que éste es el que les decide las materias, que se desean saber.”

El *ololihqui* —dice Hernando Ruiz de Alarcón— se usaba en las curaciones de “todo género de enfermedad”, y “casi todos adoran esta semilla atribuyéndole divinidad, le atribúan virtud contra todas las enfermedades, y junta-

mente tienen creído que sobre sanarlos les revelará la causa de la enfermedad”.

Las enfermedades entre los antiguos mayas se comparaban con los fenómenos cósmicos; se encuentran asociaciones con la Vía Láctea y otras constelaciones; iguales conceptos existían entre los antiguos habitantes del altiplano.

En Mesoamérica, por medio de las plantas y los conjuros, se aseguraba además el sustento: el bienestar de las sementeras y de los animales. No se labraba la tierra sin antes pedirle perdón a ella, a la planta, al árbol, y hacer la ceremonia al desparramar el tabaco. Para tener suerte en la caza se hacía un rito que consistía en barrer la casa, arreglar las tres piedras del fogón y ahumar con tabaco. Ya que la salud del campo y de la caza representaba el bienestar del individuo y de la comunidad —tan importante como la salud de las personas— también se les trataba con conjuros y ceremonias, en los que el papel de las plantas era igual que en las curaciones medicinales.

En su entrada a México, el conquistador Cortés fue recibido amistosamente por algunos pueblos con “ramilletes y flores de todas maneras”. Al llegar los españoles a Tenochtitlán, viniendo de Veracruz, Motecuhzoma, sus príncipes y sus nobles salieron a recibir a los forasteros. Fray Diego Durán en su *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, narra lo siguiente: “En jícaras grandes de calabazas pintadas ponían flores hermosas y olorosas, mirasoles, magnolias, en su centro; *izquixóchitl*, flores amarillas de tabaco, flores de cacao (*Myrodia fanelvis*), fijadas en coronas, en guirnalda de hombros; también collares de oro, collares con colgantes de oro, esteras doradas y aguas odorantes. Y después de haber encontrado a los extranjeros en Uitzillan, Motecuhzoma regaló al capitán collares de flores, guirnalda de flores alrededor de los hombros y una corona de flores. Después delante de él el collar de oro y todos los regalos de bienvenida”. Uno de los regalos fue un plumaje de flores. Durán dice que la cantidad de flores se debía “a la calidad de sus personas” y porque les tenían por dioses. Las últimas palabras muestran la importancia de las flores como regalo de reyes y príncipes a otras personas del mismo nivel, o a los dioses, aunque seguramente a Cortés le agradaban más

los collares de oro. Lo curioso es que en la marcha de la costa a la capital, a los caballos se les ofrecían flores también ya que los indígenas los veían como divinos, igual que a los hombres.

Esta obra, interesante en realidad, consta de siete capítulos: El significado de la flora en el México prehispánico. Las flores, las plantas y los árboles representados en la plástica y la palabra prehispánica. Los jardines y los nobles. La flora en las culturas de México. Dioses y fiestas. Cantares, supersticiones, guerra florida. La importancia sociopolítica y económica de la flora. Termina con un apéndice denominado Plantas sagradas en otras partes del mundo, y una amplia bibliografía.

*Anselmo Marino Flores*

*Jean Francois Bach: Inmunología.* Editorial Limusa. 908 pp.

Un libro denso de contenido, buena documentación, intensa bibliografía, bien traducido y mejor presentado. Pocas veces coinciden tantas cosas positivas sobre un libro técnico, cuyo esfuerzo final hay que contabilizar a la editorial *Limusa*. Ella sabrá lo que le habrá costado surgir a flote y a nivel competitivo internacional, máxime si se trata de un libro de tanta importancia como el que comentamos, *Inmunología* del profesor Bach. ¡Bienvenido!

El libro, aunque de corte francés y por ende de extrema claridad (la claridad es la cortesía del autor) tiene información universal. Los colaboradores, la mayor parte de París, no han regateado esfuerzo en brindarnos una exposición clara y exhaustiva.

Aunque en la redacción del libro no participa el premio Nobel francés Dausset, no faltan las enseñanzas aportadas por él a la histocompatibilidad, de corte universal, cosechada con el H.L.A. cuya arrancada es de procedencia netamente parisina. No hay que ser malicioso para adivinar que hay diferencias sentimentales y políticas entre las distintas escuelas de París. Bastaría consultar el índice alfabético para comprobar señaladas ausencias difíciles de justificar.

Y no sólo en el capítulo de la histocompatibilidad. También se encuentran ausencias personales notorias en el capítulo más reciente de los neoclonales. Se echan en falta sobre todo la aportación meritoria de los últimos premios Nobel (Millsteiner, por ejemplo) y todo lo que concierne al aspecto industrial que ha surgido a través de la ingeniería genética de tanta resonancia, positiva y negativa, en los países sajones y norteamericanos.

Un punto negativo a señalar es la falta de

información de los últimos años en todo el vasto patrimonio de la inmunología. Probablemente este retraso se pueda justificar por la preparación larga y difícil de un tema tan complicado como es la inmunología del siglo XX. Una de las materias más trascendental en ciencias básicas y aplicadas...

*Antonio Oriol A.*